



TRES INFORMES DE CARNAVAL

Fabián Buelvas



L a f l e c h a - C O L E C C I Ó N

Fabián Buelvas

Nació en Barranquilla en 1985. Es autor de las novelas *Tres informes de carnaval* (2011), *Cómo se hace una tesis* (2019) y *Yo no sé cuál estrella me vio ese día en que nací* (2022), y del libro de cuentos *La hipótesis de la Reina Roja* (2017). Sus cuentos, crónicas y artículos han sido publicados en *Bacánika*, *El Malpensante*, *Contexto*, *Huellas*, *SmokeLong Quarterly*, *Corónica*, *Inundación Castálida* y *Nexos*. En 2017 obtuvo el Premio de Novela Distrito de Barranquilla, con *Tres informes de carnaval*. En 2018 ganó el VI Premio Promigas a la Mejor Crónica del Carnaval Ernesto McCausland Sojo. En 2019 ocupó el segundo lugar del VIII Premio Nacional de Cuento La Cueva. Es editor y profesor de psicología en la Universidad del Norte.



La flecha
-COLECCIÓN-

Tres informes de carnaval



Fabián Buelvas

Alianza 4 U

EDITORIAL
uninorte

 Editorial
Universidad
Icesi

 Editorial
EAFIT



Editorial

L a f l e c h a — C O L E C C I Ó N —
2022

Buelvas, Fabián.

Tres informes de carnaval / Fabián Buelvas. – Barranquilla, Colombia: Alianza 4U; Editorial Universidad del Norte; Editorial CESA; Editorial Universidad Icesi; Editorial EAFIT, 2022.

145 páginas : ilustraciones ; 20 cm.

Colección La Flecha (Alianza 4U)

ISBN 978-958-789-355-7 (impreso) - ISBN 978-958-789-356-4 (PDF)

1. Novela colombiana -- Siglo XXI. 2. Carnavales -- Barranquilla (Colombia) -- Novela. II. Tit.

(Co863.5 B928) (CO-BrUNB)

Tres informes de carnaval

Primera edición en la colección La flecha: marzo de 2022

- © Fabián Buelvas
- © Editorial EAFIT
- © Editorial CESA
- © Editorial Icesi
- © Editorial Universidad del Norte

Coordinación editorial

María Margarita Mendoza

Corrección de texto

Zoila Sotomayor O.

Ilustraciones

Valentina Urina Castillo

Diagramación

Munir Kharfan de los Reyes

Impreso y hecho en Colombia

La Imprenta S.A. | Bogotá

Printed and made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los siguientes documentos se refieren a lo sucedido durante la víspera del carnaval pasado. La mayoría de ellos no son de mi autoría, solo me esforcé en darles un orden que ahora se me antoja errado, poco objetivo. Aun así guardan coherencia interna y una lógica que dudo volver a tener en el futuro. Lo siento mucho. Pude haber hecho un mejor trabajo.

Gonzo decía que la gloria es post mortem, que en vida alcanzas si acaso la fama, la más vulgar de las ambiciones humanas. La gente ansía la gloria como quien persigue a un perro que soltó su correa, sin caer en cuenta de que no lo va a alcanzar nunca y si el milagro ocurre y lo alcanza, te muerde. La gloria es un asunto de tiempo y azar que nada tiene que ver con lo que hagamos en vida, sino más bien con lo que los demás creen que hicimos con ella.

Del azar también depende que las cosas aparentemente irrelevantes cobren sentido. Los buses transitan por las mismas rutas, la gente va a trabajar al lugar de siempre, los bares se llenarán los sábados y los estadios los domingos. Solo un error de tiempo, una combinación aleatoria de sucesos inesperados hará que lo insignificante adquiera una importancia que con frecuencia no merece, pero que no pasa inadvertida.

Gonzo también decía que el azar y el amor tienen su propia e ineluctable lógica.

Contenido

Uno	9
Dos	35
Tres	61
Cuatro	87
Cinco	107

Uno



Gonzo

Papá era la Muerte. Durante cuatro días al año se pavoneaba entre los vivos haciendo gala de un poder temporal para matar hombres y mujeres en la calle, de día, a guadañazos. La gente se agolpaba para ver a los actores. Miles de personas divirtiéndose con la escena más repetida del carnaval, como si no la conocieran, como si jamás la hubieran visto.

Papá tardaba horas en disfrazarse. Disfrazarse no, decía, porque él no era un niño: se ataviaba. No sé si sabía el significado de esa palabra, pero al usarla su tarea sonaba solemne, muy importante. El viernes por la noche, un día antes del carnaval, papá se ponía su traje de Muerte, tomaba su guadaña de palo y brincaba por la casa amenazando a seres invisibles con su arma inofensiva. Me daba una cámara de video enorme que funcionaba con cintas Betamax y pesaba lo suficiente para hacer palidecer a un niño. A mí, que ni siquiera soportaba el peso de su ridículo. Con el ojo izquierdo lo veía y con el derecho lo grababa. Con un ojo quería olvidar a papá y con el otro lo preservaba.



Acompañé a papá a su desfile del sábado en la tarde durante años. Le llaman Batalla de Flores, un nombre distintivo para un evento del carnaval que solo se diferencia de los demás en duración, lugar y tamaño. Miles de personas bailando en las calles para divertir a otras miles que pagan por ver, viviendo como si fuesen a morir mañana, aunque algunos sí morirán mañana. Papá me acomodaba en un palco con aquella cámara grande. Yo debía esperar horas a que su comparsa apareciera para grabar lo mismo de siempre.

Cuando papá aparecía la multitud le vitoreaba. Era el personaje disonante, la Muerte que iba y venía entre parejas vestidas de negro, rojo y verde. Mientras ellos bailaban él los mataba. Caían con lentitud sobre el asfalto caliente para deleite del público. Papá alzaba su guadaña de palo en señal de victoria.

Solo una persona era capaz de cuestionar a papá, uno a quien los muertos llamaban El Caporal, el jefe, idéntico al resto pero protegido por la voluntad de quienes le otorgaron ese fuero. Portaba un palo adornado con cintas de colores que se veía de lo más inocuo. Aquel hombre luchaba contra papá estrellando lentamente sus armas de combate para que todos vieran una contienda cuyo desenlace era sabido.

Un final ineludible. El Caporal, un mortal entre mortales, tomaba un segundo aire luego de ir perdiendo la batalla y mataba a la milenaria Muerte, a papá, quien tumbado

en el suelo exhalaba su último suspiro, como si la Muerte suspirara. El público aplaudía, los súbditos del Caporal resucitaban entre aplausos y el Caporal, en un gesto de humanidad, extendía su mano a la Muerte muerta, la ayudaba a levantarse y ambos se unían a la fiesta.

Año tras año él caía frente a mí. Me llevaba al carnaval porque quería que lo viera morir, a él, a la Muerte, la inmortal. Papá era la representación absoluta de la derrota y se enorgullecía de ello. La paradoja era incomprensible para él. Yo solo seguía grabando mientras rogaba que un rayo partiese la cámara, que un tornado se llevara a toda la gente o que tal vez, con suerte, la Batalla de Flores acabara más pronto que de costumbre.



La decimotercera vez que filmé a papá noté que las cosas no eran como antes. Dejó de importarme su ridículo, la forma en que aceptaba su fracaso con alegría, el hecho de tener que observarlo. Lo que veía mi ojo izquierdo pasó a ser insignificante. El derecho, atento a la cámara, sacó el filo de un cuchillo. Me percaté de las posibilidades manipulativas que podía tener una película y fue fascinante. El video era lo que necesitaba para entender la realidad y de paso hacer la mía. Comencé a editar lo grabado.

Con las ediciones convertí a papá en alguien despreciable. Pasé por alto cualquier justificación histórica, cultural

o familiar sobre su papel carnavalesco y me centré en mi percepción del asunto. Modifiqué los videos y el resultado me dio la razón. La película que creé reproducía en cámara lenta las trece muertes de papá, un pobre mortal disfrazado de algo inmortal pero que de todos modos se moría. Enfoqué su sudor, su peluca desgastada, sus Converse negros y su disfraz de licra lleno de huesos pintados. Así fue como recreé lo que yo veía y no la realidad que él quería enseñarme.

Aquel video no lo vio nadie. Era una prueba, la versión beta de lo que tenía en la cabeza. Me permitió estar en paz conmigo mismo, resarcir las heridas que papá causó sin enterarse, transformar la vida según mi criterio y congraciarme con ello. Esa división entre mi realidad y la realidad de los demás me trajo serenidad y paciencia.

Repetí el proceso con el resto de mi vida. Compré una cámara digital de alta definición y grabé lo que vi: las casas, amigos, la gente del trabajo, los animales de la calle, los arroyos, frutas en descomposición, las nubes, peleas, besos, abrazos, amores en alba y amores en ocaso, todo lo grabé menos a papá. Después de editar llegué a la conclusión de que las personas que había conocido —salvo uno, un viejo compañero del bachillerato que ya está muerto— fueron malas conmigo y dejé de verles. Renuncié a mi trabajo, un puesto miserable como mensajero de una firma de abogados, me fui de casa y alquilé un apartamento en

el centro, entre Murillo y Cuartel, al lado de un restaurante de comida china y una floristería.



Estando solo entendí. Lejos de la gente fue que entendí el sentido de sus comportamientos. Lo difícil de conocer a alguien, de amar, es la cercanía. Dos personas se conocen, crean un vínculo y ese vínculo que tanto se esfuerzan en construir no deja que se conozcan y el amor en ese caso no es sino una palabra genérica para señalar cualquier sensación, como le pasa a la gente que asegura sentir rabia cuando en realidad tienen hambre o sueño. Cuando amas a alguien tienes que ser recíproco y eso es una trampa. El amor distorsiona tu percepción de las cosas, te hace creer que das más de lo que recibes.

Así fue como comprendí a papá. No podía pedirle más de la cuenta a un hombre que no tenía nada que ofrecer. Su vida se esfumaba en la rutina hasta que llegaban los carnavales y se daba un respiro. Papá era una sombra, un engranaje prescindible de una compañía anónima, esperando los días de fiesta para salir a la calle, disfrazarse y morir mil veces. Con los experimentos que hice con las grabaciones de papá supe que los recuerdos son modificables, el asunto está en cómo los percibes. No hay nada nuevo: cualquier cosa que llega a tu vida guarda un viejo recuerdo y no te das cuenta. Eso es un problema que no tienen las cámaras.

Captura las cosas como son y las preserva idénticas para siempre. No tienen que lidiar con el pasado mientras que nosotros no podemos desprendernos de ahí.

Tal vez si ordeno las imágenes de cierta forma pueda modificar el tiempo, no el mío, sino el tiempo en general. Crearía una vida sin errores, limpia, un paraíso perdido. Habría que destruirlo todo primero, eso sí.